

## EL CANCER Y YO

En el mes de Octubre de 2010, sin abrazar fe alguna, verdades absolutas, ni dogmas alimentarios, como parte de mi espíritu experimentador, empecé a comer todo crudo, después de 29 años de comer vegetariano con un 70% crudo. A pesar de que empecé a adelgazar y quedé un poco más delgado de lo que yo ya era, empecé a sentir un bienestar enorme, que sobre todo noté en las encías, dientes y muelas, ya que a pesar de mi buena salud general, eran mi “talón de Aquiles”, pues me sangraban con frecuencia y tenía piorrea y dientes flojos, pero al comer todo crudo, las encías se me pusieron fuertes, dejaron de sangrar, y los dientes y muelas se afirmaron. Ya en el mes de Febrero de 2011 me hice unos análisis de sangre, que mi médico de cabecera me hacía semestralmente para controlar mi vitamina B12 por unas carencias que tuve años atrás, tema que explico en un capítulo aparte, y me dijo que tenía una anemia de hierro severa, cosa que yo ya había notado porque encontraba que me estaba quedando débil sin saber a qué achacarlo, pero mi padre acababa de morir de cáncer de recto una semana atrás, y no sabía si tendría que ver por aquello de lo psicosomático por los nervios y malos momentos vividos recientemente, pues era muy extraño ya que nunca en mis 29 años de alimentación vegetariana había tenido anemia ferropénica. El médico me recetó hierro, con sulfato férrico de base, pero no lo compré por que sabía que tenía mala absorción y causaba estreñimiento, y me fui a una herboristería y compré un compuesto con base de gluconato ferroso que empecé a tomar con resultados mediocres, ya que a pesar de notar una leve mejoría, aún me encontraba débil, y un amigo crudivegano me recomendó otro compuesto de otra empresa, también de gluconato ferroso, que probé pero no me sirvió de nada. Otro amigo que estaba estudiando medicina ortomolecular me recomendó que tomara quelato de hierro, bastante caro, pero en cuanto tomé las primeras cápsulas, la absorción fue bestial, la mejoría fue enorme, lo cual fue corroborado por los análisis de sangre semestrales que me hice a finales de Julio, donde el médico de cabecera se quedó sorprendido de que mi hierro estuviera ahora en un nivel bueno. “Asunto arreglado”, pensé yo. Mi madre, que a la muerte de mi padre en Febrero se encontraba bien, había entrado en una espiral de decadencia física que empeoraba por días, y a finales de Agosto murió por cáncer de colon. Nuevo mazazo y momentos duros.

Ya en Septiembre, estando en un hotel con mi esposa, me di cuenta de que algo no iba bien en mi sistema digestivo pues me encontraba pesado, como atascado, y tuve que pedir agua con gas, cosa que hacía más de 30 años que no había probado, para ver si notaba algún alivio en mi pesadez digestiva, que yo achacaba a estar comiendo comida de hotel, a pesar de que al ser bufet libre podíamos escoger y comíamos ensaladas variadas con algo cocinado, siempre hervido, nunca fritos, ni revoltijos raros. A principios de Octubre me despertó de madrugada un malestar originado por un bulto en la parte inferior derecha de mi barriga, que al palparlo era duro, rígido, que a mí me pareció, como así era, un atasco intestinal, e instintivamente empecé a masajearlo para deshacer el atasco, y seguidamente fui al baño, y así resolví el malestar y el bulto, los cuales

desaparecieron. Dos semanas después, a mediados de Octubre, de nuevo me desperté una hora después de acostarme, con los mismos síntomas de la vez anterior, el malestar originado por el bulto en la misma zona, pero en esta ocasión con dolor, y por más que masajeaba, aquello no desaparecía, ni disminuía, y empecé a sentir la angustia previa al vómito, así es que fui al baño corriendo, vomité, y sentí un ligero alivio, aunque el bulto seguía ahí, y traté de dormir, cosa que logré, pero una hora y media después volví a despertarme por la angustia de vomitar y volví a hacerlo, repitiéndose este ciclo unas dos o tres veces más, y el bulto seguía sin desaparecer, así que llegó la hora de levantarme para trabajar, y me fui al trabajo pensando que el fresquito de la mañana me despejaría. Logré llegar al local de la empresa, pero ya no logré salir con el vehículo, pues allí lo único que hacía era vomitar continuamente, ya sólo bilis, y un compañero de trabajo me llevó a Urgencias de al lado de mi casa, y la médica, después de revisarme, me envió a Urgencias del Hospital para que descartaran una posible apendicitis. Allí estuve toda la mañana y parte de la tarde haciéndome revisiones con palpación y respondiendo preguntas, análisis de sangre, electrocardiograma, radiografías, y esperando los resultados. Me preguntaban por mis antecedentes familiares, y les dije que mi padre y mi madre acababan de morir ese mismo año, hacía unos meses de cáncer colorectal, así como años atrás mi hermana, mi tío y mi abuelo de cánceres varios. Al final me dijeron que el bulto era un fecaloma, atasco temporal del intestino que se llenaba de heces como un globo, no sabían por qué, pero que no había tumoración; me lo dijeron de boca, no me lo escribieron en el informe, y que tomara un antiinflamatorio, un analgésico y un jarabe laxante. Las recetas de antiinflamatorio y del analgésico las tiré, pero fui a la farmacia a por el jarabe laxante porque tenía curiosidad por saber de qué estaba hecho y así decidir si tomarlo o no; una vez comprado leí con perplejidad que era parafina, grasa mineral del petróleo, con lo cual lo tiré directamente antes de llegar a casa, indignado de que recetaran eso a miles de personas sin capacidad decisoria, ni de comprender aunque leyeran el prospecto, y se lo toman sin entender lo que ingieren: una grasa mineral, del petróleo. El bulto fue disminuyendo a lo largo del día, junto con el dolor. También me dieron hora para ir al especialista digestólogo para un mes después.

Pasé un mes pensando que aquello había sido un episodio ocasional ya olvidado, pero un par de días después, a mediados de Noviembre, se me repitió el mismo cuadro de despertarme por la noche con el fecaloma, el dolor y los vómitos, que en esta ocasión al final ya sólo me salían jugos gástricos, y fui a trabajar, pero aunque empecé el trabajo, al cabo de una hora llamé a mi jefe para que me vinieran a buscar pues no podía seguir, y de nuevo mi compañero me llevó a Urgencias del Centro de Salud, y la doctora me dijo que me enviaba a Urgencias del Hospital y que pediría una ambulancia, pero yo le dije que no importaba, que llamaría a mi esposa y ella me acompañaría, y así fue. De nuevo en el Hospital, análisis de sangre, electrocardiograma, revisión con palpación y en esta ocasión una ecografía, interrogatorio de antecedentes familiares, y radiografías, y esperar horas los resultados; ya por la tarde lo mismo que la vez anterior, de boca me dicen que no tengo tumoración, pero no me lo dan por

escrito en el informe, en el cual sí que escribieron: “Bezoar”, aunque yo no me di cuenta hasta semanas después cuando lo releí detenidamente.

Dos días después tuve la cita con el digestólogo. Leyó los dos informes de Urgencias y me interrogó igualmente acerca de mis antecedentes familiares. Cuando yo le dije que hacía dos días que me habían hecho una ecografía en Urgencias, me dijo que no era cierto porque el informe no la citaba, a lo cual yo le dije que el médico se olvidaría de citarla, pero que yo sabía bien lo que era una ecografía, la cual me hicieron, estando mi esposa presente como testiga. Después le dije que había tenido una obstrucción intestinal, a lo cual me volvió a rectificar preguntándome si yo había vomitado heces y le respondí que no, diciéndome que entonces no tuve una obstrucción intestinal, y ya no quise disputar con él acerca de que aunque fuera temporal y con el paso de las horas se desatascaba, los intestinos se me tapaban, y por eso se me formaba la pelota de heces, el fecaloma, no me interesaba saber si técnicamente nombraban “obstrucción” o no, a un taponamiento temporal del intestino. Ante la prepotencia del médico no hablé más con él. Me dio hora para hacerme una colonoscopia a finales de Marzo, o sea, estando en Otoño, me dio hora para Primavera, con lo cual, al ser un candidato de primera clase al cáncer de colon por tener más de 50 años, mi padre y mi madre muertos de cáncer colorectal hacía pocos meses, y los síntomas que yo presentaba, me estaba condenando a muerte. Seguro que si hubiera sido para un hermano suyo le hace ingresar y le hacen la colonoscopia al día siguiente.

Yo pensaba: “Bueno, si no tengo tumores, tal como me aseguran los médicos, algo debo tener porque esto no va bien”, con lo cual empecé a investigar por internet qué es lo que podría pasarme, por los síntomas que manifestaba, y al final llegué a la misma conclusión que los médicos: “Bezoar”, sin haberlo leído yo en el informe médico, ya que un amigo mío, enfermero, me había hablado años atrás de los bezoares, concretamente fitobezoares, que son bolas que se forman en el estómago y en ocasiones en los intestinos, por fibras, en este caso vegetales, no digeribles, y que sólo son eliminables por gastroscopia, cirugía, o algo que me sorprendió mucho, pero que vi que citaban muchos médicos y hospitales: “Coca Cola”, que al entrar en el sistema digestivo, disuelven esas pelotas de fibras o fitobezoares. Como sentía malestar, no sólo en los intestinos, sino también en el estómago por pasar con dificultad el bolo alimenticio hacia abajo, aún siendo consciente del veneno ácido que es la Coca Cola, para mí la “Caca Loca”, tomé varios días como medicina pensando que sus efectos adversos se compensaban por el efecto positivo de eliminarme ese probable bezoar, y en efecto, inmediatamente noté una mejoría enorme en el estómago, ya que si tenía algunas fibras pegadas por la dificultad de paso hacia el intestino, ese negro y ácido líquido se las llevó por delante, pero seguía sin notar mejoría alguna en mi malestar del intestino, el cual al palparme yo mismo notaba un bulto duro que pensaba sería el fitobezoar. Entonces decidí hacerme una hidroterapia de colon para que con el agua tibia a presión despegara ese posible bezoar, ya que no había otra explicación de lo que podía ser, pues en varias ocasiones, los señores doctores me habían diagnosticado que yo no tenía tumores en el intestino. Fui a un centro de terapias naturales, y el hombre que hacía la hidroterapia de colon me preguntó que por qué me la hacía, a lo cual yo le respondí porque tenía un beozar alojado en el intestino, y le pregunté que si sabía lo que era un bezoar, y

me dijo que aunque él hacía esas terapias naturales, él no era naturópata, sino médico cirujano, y que la semana pasada había tenido en sus manos un intestino al que había abierto para extraerle un fitobezoar, con lo cual yo pensé estar en manos expertas por ambos lados, el natural por la experiencia de hidroterapia y el alopático por su formación y experiencia quirúrgica. Me hizo la hidroterapia de colon y como veía que el bulto que yo tenía en la parte inferior derecha de mi barriga que él tocaba con sus propias manos no se deshacía con el agua a presión, me lo masajeaba bastante fuerte, con lo cual yo empecé a sentir mareos y náuseas, pero no le dije nada pues pensaba que él sabía bien lo que se traía entre manos y acabé la sesión dolorido sin que él médico cirujano llegara a sospechar en ningún momento que aquello que había tenido entre sus manos podría haber sido un tumor.

Con el objeto de seguir buscando qué me pasaba, fuimos mi esposa y yo a hacernos unos análisis de sangre a un laboratorio privado, bastante exhaustivos, y por cierto, caros, que dieron como resultado un gran déficit de ambos en ácidos grasos Omega 3 DHA y EPA, entre otros desequilibrios, con lo cual, nuestra salud corría un gran riesgo.

Mi médica de cabecera, un amigo mío médico, y otro amigo enfermero, los tres coincidieron en días diferentes en hacerme la misma pregunta: “¿Las radiografías de Urgencias te las hicieron con contraste o sin contraste?”, y mi respuesta era: “Sin contraste”, y sólo viendo las caras de preocupación que ponían y que alguno me dijo: “Pero sin contraste no pueden saber cierto si hay o no tumores”, y viendo que la hidroterapia de colon no me había expulsado lo que yo tenía en mis tripas, yo ya vi que la cosa podría ser más seria de lo que me diagnosticaron en Urgencias y la tranquilidad rayana en la pasividad del digestólogo prometían.

En Noviembre mi esposa y yo fuimos a Madrid y en el restaurante Crucina conocimos en persona a muchas-os amigas-os crudivegan-as, y allí, alojados en la casa de una amiga, tuve una crisis de malestar sin llegar a cursar con fecaloma, pero sí vómitos de madrugada. En Diciembre fui a Barcelona, a pasar unos días con unos amigos de Balsareny, donde también tuve el mismo malestar sin llegar a tener fecaloma, pero sí vómitos nocturnos. Esto no remitía y al llegar las fiestas navideñas ya me encontraba muy mal, pues no sabía qué comer o no comer, pues desconocía qué era lo que motivaban esos cuadros tan desagradables de hinchazón y vómitos, y me quedaban muy pocas ganas de que se me repitieran. La anemia me había vuelto pues hacía un par de meses que dejé de tomar el quelato de hierro, por miedo a que me estuviera afectando en mis vómitos; dicha anemia ya era de campeonato; estaba blanquecino y debilucho. Llegué a pesar 40 kilos; parecía anoréxico, nada que ver conmigo que siempre he sido de buen comer, de comer cantidad, con deleite, disfrute, y cuando me iba a duchar y me veía a mí mismo en los huesos y piel, veía en un estado lamentable ese cuerpo, como si yo estuviera fuera de él, y sabía que había que reaccionar, que quedaba poco tiempo.

Me di cuenta de que si esperaba a la colonoscopia de finales de Marzo, no llegaría con vida a esa fecha. Pasadas las fiestas, los primeros días de Enero fui a un médico digestólogo de pago, el cual, después de revisarme, me dio hora para hacerme una gastroscopia y una colonoscopia en una clínica privada pocos días

después. Me metieron en un quirófano y me pusieron anestesia general. Empezaron con la colonoscopia y ya no tuvieron que hacerme la gastroscopia. Las imágenes de la colonoscopia ya no dejaban duda alguna. En las fotos aparecía un tumor que me estaba taponando casi del todo el principio del colon ascendente, que sangraba y por ahí perdía diariamente la sangre que me hacía estar anémico, y que ya me traspasaba el intestino y se esparcía por fuera. El médico me dijo que por el poco espacio que me quedaba en el intestino sólo pasaban papillas y purés, que lo que me taponaba era la fibra vegetal gruesa, así que a partir de ahí, nada de ensaladas, y sólo patatas con verduras hervidas pasadas por colador para quitarles toda la fibra, guisantes y otras legumbres hervidas y batidas pasadas por colador para quitarles las pieles y caldos vegetales colados para poder sobrevivir y llegar a la operación. Volví a la sanidad pública, al Hospital, con “la prueba del delito”, con la colonoscopia ya hecha en la mano, y ahí ya sí que se puso en marcha la maquinaria protocolaria para estos casos: análisis de sangre, TAC, y otras pruebas necesarias para operarme y quitarme ese tumor que me estaba quitando la vida por momentos. El TAC delató la presencia de unas cuantas lesiones indeterminadas en el hígado y el cirujano me dijo que me harían una ecografía interna, o sea, metiendo el sensor sobre el hígado durante la operación para poder apreciar mejor qué es lo que tenía en el hígado. Volví a tomar el quelato de hierro y a pesar de mi pérdida diaria de sangre logré subir la hemoglobina a niveles aceptables para operarme, así como subí hasta 45 kilos con las papillas y purés, pues operarme con 40 kilos de peso era bastante arriesgado. A mediados de Febrero me operaron el intestino con laparoscopia, y me hicieron un corte de 9 centímetros debajo del hígado. Cuando salía del quirófano, la cirujana le dijo a mi esposa que la operación en el intestino había ido bien, pero que en el hígado, vieron muchas más lesiones de las que el TAC mostraba, que tenía las dos partes del hígado llenas y que no sabían hasta qué profundidad llegaban, así es que sin ni siquiera hacerme una biopsia, volvieron a cerrar sin hacer nada, y le dijo que después me darían quimioterapia.

En el hospital me sondaron, menos mal que mientras estaba aún anestesiado. Al despertarme me encontraba bien, como si no fuera yo el protagonista del peligroso trance del que acababa de salir, y sólo tenía ganas de hablar y contar chistes a mis familiares y amigos que vi al abrir los ojos. Estaba conectado a una máquina que me suministraba morfina automáticamente, pero al día siguiente me dijeron que la habían puesto manual y sólo me daría morfina cuando yo presionara un pulsador; nunca lo pulsé, porque a mí no me dolía nada. Me ponían calmantes por vena, pero a veces se me acababan y pasaban horas hasta que venían a reponerlo, pero yo no sentía dolor. Yo me encontraba bien, a pesar de que mi cuerpo no lo estaba. Me metieron unas bolsas enormes de proteínas fluidas por vena, y como durante la noche igual me iba entrando, es como si estuviera toda la noche comiendo y cada hora y media, me despertaba con una enorme necesidad de ir al baño, y despertaba al familiar o amiga que se quedó a cuidarme para que me ayudara a levantarme y a acostarme, pues yo sólo no podía. Los últimos cuatro o cinco días últimos que ya me traían comida, me respetaban mi comida vegetariana estricta. Después de diez días hospitalizado, me dieron el alta hospitalaria el 29 de Febrero.

Una vez en casa, no podía ni levantarme del sillón. Para levantarme de la cama tuve que poner una cuerda atada a la ventana a la cual me agarraba y hacía fuerza con los brazos, pues me era imposible hacerlo con los músculos abdominales. No podía ni quitarme el pantalón yo sólo para acostarme sin ayuda. No tenía ánimos para leer nada, ni diarios, ni revistas, ni libros, ni por internet, ni menos escribir yo nada. Me sentaba y veía documentales de animales en la televisión, ya que el cuerpo no me permitía hacer nada más. Empecé a tomar los suplementos nutricionales de medicina ortomolecular consistentes en aminoácidos, vitaminas, minerales, antioxidantes, ácidos grasos, etc. de los cuales mis análisis de sangre privados revelaron que era deficitario, y por el cáncer. Visité en varias ocasiones al cirujano, que revisaba la evolución de mis heridas quirúrgicas, a la nutricionista, que me decía qué debía comer, a lo cual yo le hacía caso en la medida que a mí me sentaba bien, y a los oncólogos. La primera visita al oncólogo fue a mediados de Abril y me dijo: “Tiene que darse quimioterapia por la metástasis del hígado”; yo me quedé mirándolo sin decir nada y él me preguntó: “¿Está pensándoselo?”, a lo cual yo le respondí: “No, yo lo tengo claro, lo que estoy pensando es cómo decírselo a usted; estoy haciendo un tratamiento de medicina ortomolecular y necesito un mes y pico para darle respuesta para comprobar si ha funcionado o no”, a lo cual él me quedó mirando sin decir nada, y yo le pregunté: “¿Qué pasa, es que es un mes pico la metástasis puede avanzar mucho?”, y me respondió: “Sí”, y le dije: “Igualmente esperaré resultados y ahora no me voy a dar quimioterapia”. Le pregunté: “Cuando ustedes me hicieron un TAC antes de operarme y vieron cuatro lesiones sin determinar, y un mes después, durante la operación me encontraron múltiples lesiones, muchísimas más en ambas partes del hígado, ¿fue debido a la poca resolución de la imagen del TAC o a que realmente en ese mes me crecieron esa enorme cantidad de tumores?”; y me respondió: “Le crecieron en ese mes”. Me fui de allí manteniendo mi respuesta clara y firme; no me daría quimioterapia.

Me dieron hora, no para un mes y pico, sino para once días después, en este caso con una oncóloga, y no en el mismo sitio, sino en el Hospital de Día donde vi a varias personas recostadas mientras les inyectaban la quimioterapia. La oncóloga me preguntó si era cierto que había rechazado la quimioterapia, a lo cual respondí que sí, que tenía que comprobar si el tratamiento de medicina ortomolecular me iba a funcionar o no, y que me daba igual si pensaban que me agarraba a un clavo ardiendo, pero cuando yo empiezo algo, quiero terminarlo. Le pregunté que si aceptara la quimioterapia de qué tipo sería, y me dijo que la “standard”. Y luego le pregunté que cuanto tiempo me quedaba de vida si me daba la quimioterapia, y me dijo que unos dos o tres años, con lo cual quedaba claro que si no me la daba me quedaba menos tiempo, y por anteriores casos de algún amigo fallecido por cáncer en el hígado, yo sabía que era casi fulminante, cuestión de meses, aún así seguí sin aceptar la quimioterapia, ya que por el poco tiempo que me quedaba, encima no iba a torturarme yo mismo y quería pasarlo tranquilo.

Por aquellos días me hicieron una resonancia magnética hepática. Unas dos semanas después tuve cita con el cirujano, el cual, con los resultados ya en su ordenador me dijo: “Hay buenas noticias para usted. Tiene tumores en el hígado, pero son benignos, no son metástasis”. A él y al equipo de cirujanos que me operó

les felicité por su buen trabajo, ya que a la vista estaba ya que yo me encontraba bastante bien, normales molestias postoperatorias aparte, y me dijo que pidiera hora para revisarme seis meses después, en Noviembre.

¿Se equivocaron los médicos y nunca hubo metástasis en el hígado? ¿Sí era metástasis y funcionó la medicina ortomolecular? ¿Han funcionado otras terapias? No lo sé, pero el caso es que acerté, menos mal que no me di la quimioterapia, ya que al optar por morir tranquilo, lo que realmente he hecho es conseguir vivir tranquilo, ya que si llego a ingerir esos productos químicos sin necesidad por no tener metástasis, hubiera sufrido los variados y terribles efectos secundarios gratuitamente, y encima, en las pruebas que me harán en Noviembre hubiera salido que no tengo metástasis, con lo cual me hubieran dicho: “¿Ves como la quimioterapia te ha funcionado y tú no querías dártela?”.

Y esa es mi situación actual. De estar en el corredor de la muerte, he pasado a recibir un indulto o una prórroga. Cuando tenía 25 años escribí un poema que titulé: “Poema a mi hermana muerte”, donde denomino “hermana mía” a la “señora de la guadaña”, y tal como en la película “La gran prueba”, hasta que no llega el momento real, uno no sabe a ciencia cierta que lo que diga por su boca o por su mano es real, lo vive, y me alegro de que después de cinco meses en los cuales me veía a punto de cruzar el umbral, me mantuve sereno, asumiendo mi realidad, no pasivo, sino haciendo lo que pudiera, pero no dependiendo mi serenidad en función de los resultados, y si tenía que irme con mi “hermana”, al llegar el momento hacerlo sedado, pues la perspectiva de la muerte no me inquietaba, pero sí la del dolor. Estoy contento de mí mismo, y por supuesto, doy gracias a Dios por darme esta personalidad analítica, racional, lógica, que hay personas que critican, pero que a la hora de la verdad me ha permitido salir adelante afrontando los negros augurios en paz, sin aspavientos, depresiones, ni maldiciendo el destino o a Dios. Gracias Dios mío por mantener mi conciencia inalterable para estar alerta y saber a cada momento cómo reaccionar, ni hundiéndome, ni despotricando, ni escondiendo la cabeza bajo tierra; nunca he sido amigo de los estados alterados de conciencia para huir del eterno presente que uno vive.

Así es que aprovecho ahora para agradecer desde lo más profundo de mi corazón a todos mis familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, que ya fuera porque vinieran a visitarme a casa, al hospital, por escrito, o por teléfono, me desearon el mayor bien, mi recuperación, ya fueran creyentes, agnósticos, ateos, o lo que fueran, pues los buenos deseos u oraciones que me manifestaron tienen el mismo valor. Mi agradecimiento en especial a quienes se quedaron cuidándome por las noches, ya que cada hora y media los “torturaba” despertándolos para que me ayudaran a bajar y subir de la cama. Esta experiencia me ha servido muchísimo para conocer en verdad a personas que por su actuación se han comportado como ángeles en la Tierra, unos porque ya sabía que lo eran, y otros porque no me lo esperaba y me han sorprendido gratamente, no por mí sino por ellos mismos, y no cito nombres pues siempre se comete la injusticia de dejarse a alguien en el tintero, y a otras personas que también me han sorprendido ya que por sus elevadas palabras y suaves modales parecían ángeles, pero han pasado como se pasa de una piedra en el camino. Toda experiencia, edifica, enseña, es para mejor. Gracias Dios mío.

Hay muchos más pormenores que relatar de cada momento vivido, lo cual sí contaré con más detalle personalmente, pero baste por ahora esta relación de los hechos a “grosso modo”, que aún así me ha salido bastante larga.